

HAY ALIMENTOS PARA TODOS

«**L**a situación alimentaria mundial en 1973 es la más difícil que se ha conocido desde los años que siguieron inmediatamente a las devastaciones de la segunda guerra mundial... las existencias mundiales de trigo han llegado a su nivel más bajo de los últimos veinte años. También escasea mucho el arroz. Los precios de los alimentos han aumentado universalmente, lo que causa nuevas privaciones a los consumidores más pobres, que tienen que gastar casi todos sus ingresos en alimentarse...»

«... Según los cálculos preliminares, la producción alimentaria mundial en 1972 fue ligeramente inferior a la de 1971, año en que había unos 75 millones menos de bocas que alimentar... las importaciones de cereales básicos se han hecho muy difíciles de conseguir, incluso para los países que pueden adquirirlas con sus propias divisas...»

Estas frases corresponden a un texto-informe de la Organización de Naciones Unidas para la Agricultura y la Alimentación (FAO) publicado recientemente y reproducido en numerosos países.

Sobre este cardinal tema, un científico norteamericano, el doctor George A. Borgstrom, profesor de Ciencias Alimentarias y Geografía en la Universidad del Estado de Michigan, afirmó textualmente en un estudio por él realizado:

«No basta hablar de déficits absolutos, ya que los recursos alimentarios del mundo están distribuidos muy desequilibradamente. Más de 2.000 millones de personas, de los 3.800 millones que existen, viven en una extrema escasez de alimentos y agua, y con recursos agrícolas y forestales inadecuados. Todos ellos adolecen de vivienda, vestimenta, educación y atención médica inadecuadas...»

«Para dar a nuestra actual población una dieta mínima adecuada se requeriría doblar inmediatamente la producción mundial de alimentos. En medio de esta crisis no es suficiente proporcionar almuerzo gratis o a bajo costo a niños de escuela u organizar puestos de distribución de sopa en un barrio bajo de São Paulo. El mundo hace tiempo que pasó por aquella fase en que obras de caridad eran suficientes para solucionar sus problemas.»

La FAO, en un estudio sobre la situación agrícola y la escasez de alimentos, publicado en enero de este año, dio a conocer que, «en primer lugar, la producción agrícola mundial, base de la alimentación, ha disminuido en los últimos diez años y en particular en los últimos cuatro...»

Luego de destacar que los países más perjudicados son los subdesarrollados, el documento revela:

«Así, escasean el arroz, el trigo, el maíz, los aceites vegetales, el azúcar, las frutas y legumbres, la leche, el pescado, la madera, la carne...»

Posteriormente, la FAO advierte que para cubrir el aumento de la población mundial hasta 1985, año en que se estima habrá 2.520 millones más de seres humanos, la producción de alimentos deberá crecer en no menos del 4,3 por 100, cosa esta que parece utópica si analizamos

el escaso 2,8 por 100 alcanzado en la última década.

En relación con la crisis alimentaria y la exorbitante subida de los precios de éstos en todo el mundo capitalista, la FAO, al analizar la actual crisis arrocerá, expresa:

«Después de haber registrado durante varios años aumentos de producción, la economía mundial arrocerá se halla de nuevo en plena crisis de suministros. La gran escasez de las cosechas de este producto vital, alimento base para más de la mitad de la población del Planeta, ha provocado un aumento enorme de precios y significa una grave carestía para centenares de millones de personas.»

Destaca la FAO que grandes exportadores, como Tailandia y Birmania, han reducido a la mínima expresión sus ventas, en tanto que países exportadores tradicionales han comenzado a



En su evaluación de la crisis alimentaria

importar cantidades sustanciales de este valioso cereal.

«La crisis actual arrocerá —añade la FAO—, por muchos motivos, es más perniciosa que las anteriores, ya que coincide con una escasez mundial de trigo...»

En uno de sus últimos boletines de Economía y Estadísticas Agrícolas de 1973, la FAO abordó la crítica situación de la carne, la leche y otros alimentos esenciales. Después de referirse a «nuevos aumentos de los precios», el boletín destaca que «los productos más afectados fueron la carne de vacuno, mayor y menor, pero también la carne de



En uno de sus últimos boletines de Economía y Estadísticas Agrícolas, la FAO abordó la crítica situación de la carne, la leche y otros elementos esenciales. «Los deficientes suministros de forraje y los elevados precios de los piensos concentrados han aminorado en los últimos meses la producción lechera mundial y desalentaron los planes de expansión de la producción porcina y avícola... La actual superficie agrícola mundial podría alimentar perfectamente a 16.000 millones de personas», afirma, por su parte, la Oficina Internacional del Trabajo de las Naciones Unidas.



capitalista, los neomalthusianos, al relacionar la escasez de alimentos con la insuficiente producción agrícola y pecuaria, achacan al «exceso de población» todos los males y aseguran que la agricultura mundial no da abasto para satisfacer las necesidades alimenticias.

cerdo y de ave experimentaron una subida, motivada por la persistente escasez...

«Los deficientes suministros de forrajes y los elevados precios de los piensos concentrados han aminorado en los últimos meses la producción lechera mundial y desalentaron los planes de expansión de la producción porcina y avícola...».

En cuanto a las semillas oleaginosas, aceites, grasas y tortas de almazara, la FAO apunta que «los precios mundiales subieron a niveles sin precedente, en razón de la escasez de piensos ricos en proteínas...».

«Esto se debe mayormente a la tirante situación de la oferta y la demanda —agrega la FAO—, pero es posible que se haya dejado sentir también la inseguridad de los mercados de productos básicos, como resultado de las perturbaciones monetarias y de las variaciones en los tipos de cambio...».

El propio informe refleja la escasez y subida de los precios del cacao, el trigo, el azúcar, los plátanos y otros alimentos, así como de algunas materias primas agrícolas, como el algodón, el caucho, el sisal, el henequén, el kenaf, el yute y otros productos.

En su evaluación de la crisis alimentaria capitalista, los neomalthusianos, al relacionar la escasez de alimentos con la insuficiente producción agrícola y pecuaria, achacan al «exceso de población» todos los males, y aseguran que la agricultura mundial no da abasto para satisfacer las necesidades alimenticias.

Escriben siempre la famosa teoría fatalista que el sociólogo y economista inglés Thomas Robert Malthus expuso en 1798 en su discutido «Ensayo sobre el principio de la población», en el cual el clérigo protestante afirmó que «mientras la producción de alimentos aumenta en progresión aritmética (1, 2, 3, 4, 5, 6, etcétera), la población aumenta en progresión geométrica (1, 2, 4, 8, 16, 32, etcétera)».

O sea, que muchos pretenden hoy sustentar las ideas de Mal-

thus, un hombre que ya en su propia época fue considerado como conservador y nunca como un revolucionario. En fin, adaptan la teoría malthusiana a sus propios intereses diversionistas actuales y repiten textualmente la sentencia apocalíptica lanzada por Malthus hace casi doscientos años: «La capacidad de reproducción de la población es más grande que la de la Tierra para asegurar medios de subsistencia al hombre».

Pero estos especialistas y científicos ocultan estadísticas, cálculos y datos mundialmente conocidos y divulgados por todo el mundo en nuestros días que echan por tierra los argumentos neomalthusianos. Por ejemplo, la Oficina Internacional del Trabajo de las Naciones Unidas dio a conocer que, contrariamente a lo que se dice con frecuencia, «la

actual superficie agrícola mundial podría alimentar perfectamente a 16.000 millones de personas». La Oficina añade que se ha comprobado científicamente que «si los cultivos nutricionales se sextuplicasen podrían alimentarse a no menos de 130.000 millones de seres humanos» con la misma superficie apta para la agricultura que tiene hoy nuestro Planeta.

En otras palabras, la insuficiente producción de alimentos en el mundo capitalista obedece en realidad a otras causas inherentes al sistema mismo, y que, ante todo, tienen que ver con el régimen de propiedad, tenencia y explotación de la tierra.

Hay que destacar, por ejemplo, que aún subsisten en numerosos lugares estructuras y relaciones feudales y semif feudales en el campo que ni siquiera han permitido la explotación capitalista de esas tierras. Por otra parte, mientras existen enormes latifundios en los que permanecen ociosas extensas áreas de tierras fértiles aptas para su cultivo, en otras regiones proliferan minúsculos minifundios que impi-

den la aplicación adecuada de la agrotecnia moderna y la elevación de los rendimientos.

A esto hay que agregar un factor fundamental, quizá el más importante, que es el sometimiento neocolonial ejercido por unos pocos países industrializados con relación a la mayoría de los países de África, Asia y América Latina.

Tal dominación neocolonial, además de succionar los excedentes económicos, ha impedido el desarrollo económico mismo y, por ende, de la agricultura de estos países, que de esta forma han visto condicionada su producción agropecuaria, en gran medida, a las necesidades de los mercados de la metrópoli.

Esta deformación es de tal grado que incluso estos países subdesarrollados tienen que importar cada año miles de millo-

nes de dólares en productos agrícolas alimenticios que ellos podrían producir perfectamente.

Ahora bien, la actual crisis alimentaria ha comenzado a hacerse sentir también en ese mundo de la plusvalía y las superganancias. El atraso agrícola de los países subdesarrollados y su dependencia económica neocolonial está afectando ya a la metrópoli.

Independientemente de los aspectos estructurales vistos hasta ahora, que podríamos llamar básicos, hay que añadir cifras, datos y estimados que grafican elocuentemente la situación agrícola y alimenticia.

Por ejemplo, pese a que cada año la población mundial aumenta aproximadamente en unos 75 millones de habitantes, la producción agrícola, según la FAO, lejos de incrementarse, ha disminuido, sobre todo en los últimos cuatro años. La propia Organización de la ONU para la Agricultura y la Alimentación considera que para cubrir el crecimiento natural de la población hasta 1985 la producción agropecuaria deberá ser elevada por lo menos en un 4,3 por 100, cosa

que contrasta violentamente con el precario crecimiento del 2,8 por ciento obtenido en la última década.

Y aquí es necesario volver un poco atrás y destacar que, a nivel mundial, únicamente se aprovecha para el cultivo anual agrícola poco más del 10 por 100 de la superficie total de la tierra que hay en el Planeta. Un 23 por 100 está dedicado a pastos y praderas permanentes, un 30 por 100 está cubierto de bosques y el 36 por 100 restante no tienen aprovechamiento agrícola alguno, pues son desiertos o excesivamente montañosas o están ocupadas con fines urbanos e industriales.

Claro está, la proporción de tierra disponible que se cultiva varía desde menos del 5 por 100 en América Latina a casi un 30 por 100 en Europa. En la mayoría de los países subdesarrollados no se cultiva toda la tierra disponible para cada campaña agrícola, puesto que una parte se deja en barbecho durante un año o más, tal y como hacían las primeras tribus de la época neolítica, hace más de ocho mil años. Esta baja intensidad de cultivo, opinan los especialistas, es uno de los elementos potenciales para aumentar la producción agrícola actual.

En general, los expertos que no militan en la escuela neomalthusiana plantean que hay tres formas para elevar la producción agrícola mundial: ampliación de las superficies cultivadas, incremento de la intensidad de cultivo y elevación de los rendimientos y utilización del riego artificial.

Precisamente con respecto al riego, las estadísticas más recientes revelan que sólo el 14 por 100 de las tierras cultivadas en todo el mundo disponen de riego, proporción ésta que oscila desde un 3,1 por 100 en África hasta un 31 por 100 en Asia.

De toda esta situación panorámica sobre la agricultura mundial se infiere, sin mayor esfuerzo intelectual, que la potencialidad alimenticia del mundo es probablemente insospechada aún. Ello sin incluir las riquezas alimentarias de los océanos. ■

Roberto Alvarez Quiñones